

tesis doctoral no tiene nada objetable, como lo prueban las ayudas recibidas por el Population Council y por la Fundación Juan March, pero al lector corriente le surgirá al final, y quizá mucho antes también, la pregunta de ¿bueno, y qué?; pregunta a la que tampoco es ajeno ni el propio autor. Pero, en cualquier caso, la utilidad de estudios como éste se manifiesta desde el momento que salva lagunas e incrementa un decrepito conocimiento, y el hecho de que, además, se intenta aplicar la teoría a la realidad española es más de agradecer desde el momento que nos acerca a la interpretación de nuestra sociedad. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Malaventurada federal

Sin que hasta el momento conociéramos excepción alguna, los escritos conmemorativos del centenario de la Primera Internacional se han movido sobre los habituales lugares co-

munes del caos que culmina en la insurrección cantonal y la sublevación internacionalista de Alcoy. No supera esta tónica el primero de los libros que nos llega al calor de los cien años, *La I República*. El trasfondo de una revolución fallida, de Juan Antonio Lacomba, presentado por Guadiana de Ediciones.

En la presentación del libro se nos dice que ha habido «excesivo partidismo y demasiada pasión» en los escritores que hasta ahora han abordado el tema y que el de Lacomba es el primero que se enfrenta con «una desmitificación del período», acercándose al mismo «serenamente, sin carga ideológica previa, en un intento de comprender y exponer la realidad tal como fue». Brevemente intentaremos ver hasta qué punto tal intento no ha respondido a los propósitos iniciales.

En primer lugar, por la constante fidelidad a los lugares comunes. Salvo en los apartados relativos a la coyuntura económica y a la crisis de la Hacienda, Lacomba se ciñe a enumerar, dando cuenta de su

«gravedad», «los problemas políticos, múltiples» que, a su juicio, aquejaban a España en 1873, y que «minaron, como enfermedad maligna e incurable las entrañas de la república». Pero nada se explica sobre los orígenes de la insurrección cantonal, la dinámica de los grupos republicanos o del internacionalismo obrero que, según se nos dice, gravitaron sobre la suerte del régimen. Hablar del «cúmulo de luchas intestinas» o de la «increíble multiplicidad de grupos, e incluso grupúsculos», puede servir para completar un «desolador panorama», pero apenas bosqueja un análisis.

Y es que en la base de esta insuficiencia figura otra que sirve para explicarla: Lacomba se ha ceñido para su estudio al trabajo sobre fuentes indirectas, con la excepción de la que describe como paciente consulta del *Diario de Sesiones*. Las notas a pie de página prueban que no ha analizado un solo periódico internacionalista, cantonal o republicano de 1873. Y, creemos, resulta difícil avanzar en el conocimiento de «la disolvente

rebelión cantonalista» o de las asociaciones obreras, renunciado de antemano al estudio de su prensa: las conclusiones que, con ausencia de esta fuente, puedan establecerse sobre alguna cita indirecta a través de Nettlav o Hennessy, quedan invalidadas de antemano. Tampoco se hace mayor mención de las discusiones parlamentarias que pudieran haber precedido a la legislación social. En fin, la *I República* de J. A. Lacomba se queda en una explicación fallida, sorprendente incluso para quien recuerde el libro del mismo autor sobre la crisis de 1917. ■ A. ELORZA.

Manuel del Arco: ver, oír y contar

Recuerdo que este era el lema de Manuel del Arco, el lema que trataba de transmitirnos en sus clases de la desaparecida Escuela Oficial de Periodismo de la Rambla de Santa Mónica. La Escuela se abrió en un tercer piso; en el segundo estaban las oficinas de los mingitorios municipales (urinarios municipales) y en la planta había un claustro monacal casi exclusivamente dedicado a las ratas. Las veíamos galopar de agujero en agujero desde nuestra privilegiada situación en el tercer piso del caserón.

Del Arco fue uno de los pocos profesores de aquella Escuela del que algo aprendimos, y además nos transmitió una relación cordial, más allá de la adustez de su voz aragonesa y de la tozudez de una psicología de arriero. En cierta ocasión le preguntamos si en las circunstancias que vivíamos no sería más correcto el «slogan»: Ver, oír y no callar. Del Arco se echó a reír, ladeó la cabeza y contestó:

—Vosotros veréis. Ya os apañaréis.

Pero, de hecho, era su propio lema. Pocos profesionales del periodismo mantuvieron a lo largo de toda su vida una tensión tan encrespada, tan grave y tesa entre lo que se podía y lo que se debía decir. Durante aquellos difíciles años para un periodista, Del Arco consiguió elevar el techo de la permisión, el bajísimo techo de permisión de los años cuarenta o cincuenta. Sus entrevistas en el «Diario de Barcelona» y pos-



teriormente en «La Vanguardia» eran seguidas con una gran fidelidad lectora. Y es que Del Arco no sólo forzaba los límites de lo que se podía decir, sino que había conseguido una fórmula de entrevista realmente innovadora, en la que el entrevistador jamás se deja controlar por el entrevistado e incluso se reserva una coletilla final que sanciona y a veces entierra al personaje.

Las entrevistas de Del Arco deberían figurar como libros de texto en las Facultades de Ciencias de la Información. Del Arco creó una fórmula de entrevista-forcejeo que convertía en un espectáculo la lid entre la «personalidad» entrevistada y la imperturbabilidad del informador. Del Arco llegaba en un momento en que la entrevista como género entraba en crisis, porque se había invalidado a que el propósito inicial que hiciera nacer el género en la prensa norteamericana del siglo XIX. La entrevista

nació para que el lector pudiera «visualizar» el alma o el cuerpo de un personaje. ¿Cómo podían competir las palabras con las imágenes? Cuando la fotografía o la radio permitieron ver y oír al «personaje», la entrevista verbal entró en crisis. Pero Del Arco obtuvo la penúltima fórmula de rejuvenecimiento y ahí están sus pequeñas obras maestras, ahora compendiadas en un grueso volumen póstumo que Editorial Planeta ha editado a guisa de homenaje. En la vida profesional de Del Arco hay tres entrevistas «hitos» que tipifican su quehacer después de la guerra: la entrevista en la que envió a parir panteras al barón de Rothschild, la entrevista en la que responsabilizó al señor Muñoz Alonso (director general de Prensa) de ser un intermediario entre la verdad y el público, y la entrevista con don Miguel Maura, que empezaba así:

«Hoy, 14 de abril, es una fecha que tiene su día en la Historia...»

Esta entrevista, este arranque, significó un latigazo para los lectores habituales de «La Vanguardia». Era el 14 de abril de 1966 y acababa de proclamarse la nueva Ley de Prensa. Del Arco pronto sacaba partido a un instrumento legal del que había carecido durante más de veinte años de difícil oficio; después de unos cuantos años de ostracismo posbélico; después de haber sido el prometedor caricaturista de «El Heraldo», de Madrid, durante la guerra civil.

Del Arco murió en el verano de 1970. Preparé unas cuartillas para que no cayera sobre él el injusto olvido que suele caer sobre las personalidades excepcionales del periodismo. La suspensión de TRIUNFO impidió la publicación de aquellas cuartillas. Ahora, la aparición de *Mano a mano* nos devuelve el derecho a hablar de aquella personalidad difícil y aristada,

LA PRACTICA Y LA TEORIA POLITICA EN ABENDROTH

Wolfgang Abendroth es un filósofo político de primera magnitud. Se resiste, sin embargo, a reducir la ciencia política a una especulación abstracta: «Quiérase o no — escribe —, la sociología política está referida a la práctica. Y no sólo porque la práctica política constituya su objeto... También lo está porque ella misma sirve a la práctica política y la modifica al analizar práctica política o elaborar teoría política». Estas palabras de la introducción al libro que se publica ahora en España (1) explican su contenido: un análisis teórico de la realidad política de la República Federal de Alemania, hecho en los quince primeros años de su fundación en varios ensayos que se fueron publicando. La estructura social de la RFA, la evolución política y constitucional, la in-

flexión del estalinismo, las evoluciones y posibilidades de la socialdemocracia — Abendroth, socialdemócrata de la línea marxista, fue expulsado del partido —, las posibilidades de democracia que existen en su Constitución, el papel del partido comunista, los sindicatos, los partidos y asociaciones, la situación jurídico-internacional de la RFA... Hay unos estudios previos acerca de Augusto Bebel, del movimiento obrero alemán en la Historia, de los conflictos sociales en el III Reich... Aun con su negativa a la abstracción, el pensamiento de Abendroth trasciende de la circunstancia histórica geográfica que aborda. ■ J. A.

(1) Wolfgang Abendroth: *Sociedad industrial y democracia política*, traducción de Manuel Sacristán. Ediciones Grijalbo, colección Teoría y realidad, Barcelona-México, 1973.